

Editorial

La universidad venezolana y su contribución a la transformación de la sociedad

Las aceleradas transformaciones que ocurren hoy en el mundo y que constituyen expresiones de la gestación de un nuevo proceso civilizatorio, están impactando a la UNIVERSIDAD, demandándole cambios, algunos tan radicales que afectan el concepto mismo de universidad al exigirle que responda a lógicas ajenas a su ethos, tales como: el eficientismo, el productivismo, la rentabilidad, la competitividad, propias de la economía de mercado. Estas lógicas están transformando radicalmente las prácticas universitarias, la organización e incluso la misión, siendo el financiamiento la variable que con mayor peso está influyendo en estos cambios.

La universidad venezolana, y especialmente la Universidad Central, no ha sido ni es ajena a estos procesos, ya que desde la década del 70 orientada por políticas gubernamentales explícitas o implícitas, algunas de las cuales han respondido a condicionamientos y/o exigencias de organismos multilaterales, ha experimentado un proceso de diversificación y diferenciación, de fragmentación curricular y organizacional que ha afectado el desempeño de sus funciones básicas. Al mismo tiempo, avanzan y están siendo internalizadas acríticamente por algunos miembros de la "comunidad" universitaria, aquellas lógicas corporativas a las que hicimos referencia anteriormente, y que son coherentes con procesos mucho más inclusivos que se observan a escala mundial. Por otra parte, la universidad ha privilegiado la profesionalización y la formación de especialistas en desmedro de la de intelectuales, y ha cedido espacios para la participación de las maquinarias partidistas en las decisiones académicas desvirtuando el ethos universitario; se ha convertido en lugar para el ejercicio de prácticas clientelares cuyo resultado ha sido el aumento alarmante de la burocracia; a ello se agrega las persistentes crisis presupuestarias, agudizadas en la presente década, el acoso político de los gobiernos de turno, y el desprestigio constante al que ha sido sometida. Las estrategias gubernamentales de las últimas tres décadas, respondiendo a imperativos transnacionales se han dirigido a debilitar y a desdibujar a la universidad pública, y en especial a la universidad autónoma, subsumiéndola en un supuesto "subsistema" heterogéneo, desintegrado e ingobernable. De allí que el declive de la universidad pública en Venezuela no puede ser comprendido fuera de los

movimientos sociales de mayor alcance que encuentran su lógica en la del capital, en su movimiento constante de concentración, centralización, expansión, dominación y control. Ello explica el avance de la privatización en todos los niveles del sistema escolar, vinculada no sólo con intereses confesionales o ideológico-políticos, sino con aquellos orientados exclusivamente al lucro, a la necesidad de comercializar con una función social, que hasta hace poco tiempo era considerada como asunto público pero que hoy, dadas las urgencias del capital, se ha convertido en espacio para la reproducción ampliada de éste.

Afortunadamente, en el espacio interno de la universidad aún subsiste la diversidad, se desarrollan tendencias y contradicciones, grupos disidentes encuentran interlocutores, y hay quienes resisten a la lógica del poder. Por ello, en los momentos actuales en que una gran mayoría de la sociedad venezolana decidió apuntar a un cambio, no sólo de gobierno sino de modo de vida, de funcionamiento y desarrollo de la sociedad, estos grupos pueden ser catalizadores de un movimiento universitario que al mismo tiempo que trabaje por reconstruir a la universidad como espacio público para la creación de conocimientos pertinentes a nuestra realidad, para la formación de intelectuales conscientes y responsables de su papel en la transformación social, y para el ejercicio de la democracia, de la crítica, de la disidencia, de la creación, de la pasión, de la libertad, en síntesis que restituya y revalorice a la academia, contribuya con esa tarea de mayor alcance que significa la reconstrucción de la sociedad venezolana en la dirección de hacerla más justa, más democrática y participativa, menos sometida a la lógica del mercado, que respete la diversidad cultural y que rescate para las generaciones futuras un ambiente de vida más sano que el presente.

¿Cómo puede la universidad contribuir con la transformación de la sociedad? La universidad constituye un centro de creación de conocimientos y tecnologías; de formación de profesionales en las distintas disciplinas; de orientación política; de servicio permanente a los distintos sectores de la sociedad; de difusión de la cultura y las artes; de discusión habitual de ideas, propuestas, paradigmas, metodologías, concepciones, enfoques y posiciones ideológicas y políticas. Ello lo hace a través del cumplimiento de sus funciones básicas: docencia, investigación y extensión, las cuales están vertebradas por las funciones política y de servicio social, y por los principios de autonomía, democracia y universalidad. La integración de estas funciones en el curriculum universitario hace posible la formación integral de los universitarios con responsabilidad social y al servicio de toda la sociedad.

Esta es la base con que cuenta la universidad para ayudar a la transformación del país y de sus instituciones, y a la vez transformarse. Este último punto, lo consideramos fundamental porque la universidad para contribuir con la transformación de la sociedad debe restituir su capacidad de pensarse a mí misma como parte del todo social. ¿Cuál ha sido el aporte de la universidad a la sociedad hasta el presente? ¿Hasta dónde han sido las universidades y los universitarios capaces de resistir a las lógicas del poder y del mercado, y a la vez proponer opciones distintas? ¿A qué grupos de la sociedad sirve fundamentalmente la universidad? ¿Cuál es la orientación dominante en la investigación en la docencia y en la extensión? ¿Hasta dónde ha contribuido a la solución de los problemas esenciales de la sociedad venezolana y de sus grandes mayorías, es decir ¿será la universidad capaz de interrogarse sinceramente acerca de su pertinencia social? ¿Es la organización académica vigente la más adecuada para responder a las nuevas formas de producir, y crear conocimientos y de comunicar información? ¿Estamos dispuestos los universitarios a romper con la fragmentación del conocimiento que como parte de un hacer fundamentado en el pensamiento tecnocrático se ha venido imponiendo a través de los diseños curriculares? ¿Cómo resistir a las lógicas que propugnan la competitividad, el individualismo, la desintegración de los grupos para el trabajo intelectual y el productivismo, que se han venido aceptando e imponiendo a través de los “novedosos” criterios de evaluación, cuyos resultados más que contribuir al mejoramiento institucional se han convertido en simples medios de compensación salarial con las nefastas consecuencias que ello puede acarrear tanto para la institución como para la seguridad social de los profesores?. Creemos que este proceso de revisión interna debe tener como meta la transformación de la universidad para poder contribuir a la de la sociedad. Afortunadamente, la UCV ya lo ha emprendido, y la Junta Directiva de APIU que recién ha iniciado su gestión (1999-2001) apoyará este proceso y trabajará activamente al lado de la Comisión que tiene encomendada la tarea de canalizar las inquietudes y propuestas de los ucevistas en pro de la transformación. Por tal motivo, esta Junta Directiva decidió asumir como línea central de trabajo durante el año 1999, **la transformación universitaria**.

No obstante, pensamos que no debe tratarse de cualquier transformación. Creemos que la revalorización y el rescate de la academia es tarea prioritaria. Los principios de autonomía, democracia, y universalización, así como la organización y estructura universitarias deben estar en función de lo académico, centro de la vida de toda universidad. Al interior de lo académico

la investigación debe ser privilegiada, porque es a través de ella que se genera conocimiento, que se desarrolla el pensamiento crítico, que se aprende a pensar. Lo que afirmamos no debe entenderse como una postura que desvaloriza a la docencia, por el contrario, nuestra postura es que no puede haber buena docencia sin investigación. Docencia e investigación como funciones universitarias deben estar integradas en el curriculum, y con mayor razón hoy, cuando el dominio del conocimiento será la clave que permitirá diferenciar a los países.

Urge entonces aunar esfuerzos entre universidad y Estado para fortalecer a aquellas universidades que realizan investigación, y aquellos post-grados que integren satisfactoriamente docencia, investigación y extensión. Pero a la vez estos esfuerzos deben dirigirse hacia aquellas universidades que han privilegiado la profesionalización a fin de incentivar en ellas la función de investigación. Propiciar procesos de integración académica que permitan a las universidades unir sus fortalezas para superar sus debilidades. Finalmente, creemos que es momento propicio para que universidad y Estado inicien un diálogo que haga factible el diseño y puesta en práctica de una **POLÍTICA NACIONAL para el desarrollo de la Ciencia, la Tecnología y la Cultura.**

María Egilda Castellano de Sjöstrand

Presidenta del Consejo Directivo

APIU 1999-2001